

forme en particular el objeto de vuestra justa impaciencia. Adios hijos míos; amaos, amaos por siempre: un amor tan legítimo y tan dulce, si está bien arreglado, puede salvaros en muchos peligros y consolaros en muchos trabajos.

NOTA.

PÁG. 134.

[1] *Habreis dejado disipar su ternura y corromper sus costumbres.* Despues de la carta vigesima nona sobre los espectaculos, nota 14, hemos citado un bello rasgo mui notable que pasó á nuestra vista; cuantos ejemplos semejantes podriamos añadir á este, sobre los que no podria insistirse por demas, y que sobre todo se hacen mas comunes á proporcion que progresa entre ciertas gentes el espíritu de irreligion! Un hombre infatuado con los deplorables sistemas que hoy están en boga entre nosotros, á poco de haberse casado, prohibió á su muger hasta donde estuvo á su alcance toda practica de piedad, ó cuando ménos la molestaba por sus ejercicios de religion; á poco tiempo consiguió que ella los mirase como una institucion arbitraria y un objeto de preocupacion; la empujó á enmedio del mundo mas peligroso, la asoció á veces con las mas malas compañías, para estar mas libre en divertirse hasta en su casa; formaba delante de ella los peores propósitos. ¿Qué resultó de aquí? La jóven esposa olvidó en efecto todo principio y todo pudor; tuvo su sociedad, sus amigos, sus convidados que solo el marido no conocia, y á quien ellos apenas conocian ó le miraban como una persona fastidiosa y mazorrall; ella tuvo sus intrigas que todo el mundo sabia; se hizo objeto de conversacion en toda la ciudad: el escándalo llegó á ser tan público, que por fin el marido mismo llegó á saberlo. La division entró entre los esposos; el odio, los malos tratamientos, la separacion, los procesos vinieron juntos, se revelaron mil horrores: ambos esposos se han perdido y deshonrado. ¡Marido, subid á la fuente! Vuestra esposa tenia religion, y hubiera podido haceros feliz cuando os casasteis con ella: pero le arrebatasteis esta religion y ved aquí de donde vino vuestra propia vergüenza y vuestras desgracias.

CARTA TRIGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Me apresuro, hijo mio, á cumplirte una obligacion. He contraido desde tu nacimiento una deuda (¡y cuán dulce es para mi corazon!), la de ilustrarte y hacerte feliz. ¡Qué no hubiera sido yo bastante libre ó al ménos bastante fiel para satisfacerla mas anticipadamente! ¡Qué obligacion habia tan importante que no pudiese aliarse con ella!

Al deber que la naturaleza y la religion me imponen, añade todavia el proporcionarme los medios de cumplirlo. ¡Qué precioso sacrificio, querido Valmont, acabas de hacer á mis ojos! ¡Cuanto me alientan tus disposiciones! ¡y cuán fácil acceso facilita la preparacion secreta de tu alma al Dios de la verdad! El es, no hay duda en ello, quien sugiriéndote miras tan rectas y ayudando á tu flaqueza, se ha abierto en tu corazon senda tan bella. Ojalá hijo mio, siempre dócil á su voz, correspondas hasta el fin á sus designios sobre tí.

¿Me prometes pues, que al tratar contigo de las pruebas de la religion, no tendré que insistir vanamente sobre esas objeciones fútiles que la mala fé produce, que las pasiones acreditan, que la ignorancia repite, y que un poco de conocimientos y algo mas de buena fé bastan para destruir? ¿Me prometes que no jugarás con las palabras, que no te entretendrás introduciendo locamente incidentes respecto á los hechos, que no te detendrás en dificultades que solo descansan en supuestos falsos, que no combatirás la certeza con las conjeturas, ni lo averiguado con lo incierto, y que limitándote á justificar las pruebas, no tentarás á debilitarlas con presunciones? ¡Qué cerco te trazas! ¡Y qué molestas redes me tiendes á mi mismo! Hay un número infinito de esas objeciones frívolas, que cien veces se han querido repetir, que se han pulverizado cien

veces, que diariamente se repasan todavía, que se reproducen impunemente.

Entretenernos en discutir las de nuevo, sería ocupar en tareas inútiles un tiempo que se puede emplear mejor, y fatigar tu atención, con pormenores a los que responde suficientemente el fondo mismo de las pruebas; ante un espíritu veraz y sabiamente crítico [1].

Todo pende, hijo mío, de la idea que debemos formarnos de la religion cristiana. ¿Tiene caracteres verdaderamente divinos, ó se anuncia como una invencion, una produccion enteramente humana? ¿Está marcada con el sello de la verdad, ó con el de la mentira? Ved aquí á lo que se reduce la importante cuestion que me propongo examinar contigo.

Si son los hombres quienes inventaron la religion cristiana, en la serie de los siglos debe señalarse la época; ella debe ser obra del tiempo. Si es el fruto de la impostura, de las circunstancias, y de la casualidad, el conjunto de sus partes no debe formar un sistema perfectamente ligado, un todo completo; y como el error, se debe desmentir por cualquier lado. Si solo está fundada en la ilusion y en la mentira, no debe sostener grandes y prolongadas pruebas; debe destruirse por sí misma, extenuarse y perecer envejeciéndose. ¿Qué mas diré? Si es únicamente producto de la razon humana, débil como ella, insuficiente como ella, no debe atender como es debido, ni á la gloria de Dios, ni á la felicidad del hombre.

Pero si Dios es quien la reveló á los hombres, si el cristianismo es obra suya, ¡qué contraste! ¡y qué cuadro tan diferente! La religion, en vez de ser echada como al acaso en medio de los hombres y en la serie de los siglos, en vez de formar como una obra separada, debe hallarse unida en cierto modo á los primeros dias del mundo, comenzar con las obras de Dios, y estar en el plan de la creacion: sus partes en lugar de estar divididas, des-
trabadas, sin consecuencia y sin relacion entre sí,

deben estar encadenadas recíprocamente, suponerse mutuamente, dirigirse á un mismo centro y tener la relacion mas perfecta: la obra que nos presente debe ser firme, inalterable; debe existir á prueba de todas las discusiones, triunfar de todos los obstáculos, sobreponerse á todas las resistencias, desarrollarse, perpetuarse de generacion en generacion, y afianzar mas y mas su consistencia con su duracion: por fin esta religion, en sus relaciones con Dios, con el hombre, y en el vínculo sagrado que entre uno y otro formé, debe por la exactitud de sus proporciones, procurar abundantemente á la gloria del uno y bastar á las necesidades del otro.

Asi pues, la antigüedad, la unidad, la perpetuidad, la excelencia, es decir, la perfeccion eminente, la santidad eminente de la religion revelada, formarán sus caracteres principales. Cada uno de ellos se hallará en cierto modo en el otro; podrá uno subir, descender de uno á otro por la misma línea y con la misma seguridad; estarán ellos ligados de un modo casi indivisible, y se prestarán recíprocamente una fuerza nueva: de suerte que la religion nos presentará, como un edificio magestuoso cuya cima toca el cielo, cuyos fundamentos reposan en lo mas profundo de la tierra, cuyas partes todas unidas estrechamente guardan entre sí la relacion mas exacta y con el todo que componen: de suerte, añadiré, que la religion nos ministre pruebas que esten al alcance de todos. Por estos tres primeros caracteres se ha de probar al espíritu: y tal es el género de demostracion que conviene á quienes tengan aptitud para debates é investigaciones. Por el segundo se probará al corazon; y este es el género de pruebas que convienen á las almas rectas y sencillas, á las que juzgando mas por sentimiento que por racion, mas por el corazon que por el espíritu, necesitan de un camino mas breve, y no ménos seguro para discernir la verdad.

Hechas estas reflexiones, comencémos, querido Valmont, el exámen de los caracteres de la religion cristiana, y veamos si tiene los que acabamos de

señalarle, ó si carece de ellos; si lleva la triste fisonomía de las invenciones humanas, ó si está marcada con el sello respetable de la divinidad.

Esta carta va quizás á parecerte un poco seria; pero hijo mio, ahora ya no es tan solo el placer lo que buscas, es la verdad que debe conducirte despues á la felicidad. ¡Ah! cualquiera que sea la senda que nos conduce á ella, ¿no merece por ventura mucho cuidado para dar con ella?

Si no me detengo á examinar otras religiones, por lo ménos las que son extrañas á la religion de Jesucristo, es por ser evidente por poco que se conozcan, que no tienen ninguno de los caracteres de una revelacion divina, tomada en toda la extension que les hemos dado; no hay una sola que cuente una antigüedad igual á la del mundo, y cuyo origen deforme y grosero no se perciba en un tiempo mui ménos remoto; ninguna cuyas partes todas ligadas entre sí, formen un sistema completo de hechos y de doctrina, y tomen un carácter de unidad; ninguna que se perpetue siempre la misma, siempre uniforme é invariable en una sociedad encargada de conservar el depósito de ella; ninguna en fin, que por su eminente perfeccion provea suficientemente á la gloria de Dios y á las necesidades del hombre.

Sobre la religion cristiana va pues á recaer todo nuestro estudio; y para instruirnos á fondo de lo que le concierne, pregunto al mismo cristiano. ¿Qué me responde? Oh! hijo mio! ¿qué primer motivo de admiracion! Me remite ante todas cosas á un pueblo enemigo, disperso por toda la tierra, en todas partes extraño, proscrito, errante, objeto del aborrecimiento y de la maldiccion de todos los pueblos, blanco de todos los ultrajes, víctima de todas las revoluciones y de todos los reveses, y sin embargo subsistiendo siempre sin confusion, sin mezcla; siempre distinguido de las otras naciones, sin tener jefe, sin poder él solo formar un cuerpo de nacion; y conservando siempre en medio de tantas causas de variacion, de destruccion, lo que su ci-

tuacion presente le permite retener y cumplir de su religion. „Considera ese pueblo, me dice el „cristiano fiel, ese pueblo extraño, tan digno de toda „tu consideracion. Aun siendo como es mi enemigo, „yo me fundo en él; no hago mas que cumplir en „mí las promesas que á él se hicieron para mí [a]; „la ley que yo profeso no es mas que el desarrollo y la perfeccion de la que á él se habia dado; „sus libros son los míos, y mi religion no forma „con la suya mas que un todo perfecto.”

Sorprendido con estas pocas palabras, en las que ya entreveo el concurso feliz de todos los caracteres de una revelacion divina, me detengo en aquel pueblo á que se me remite, y el ofrece á mis indagaciones los objetos mas interesantes. Computando por la filiacion mas constante y mejor seguida, no solamente desde la vocacion de Abraham, sino desde las primeras épocas de su origen es á no dudar el mas antiguo de todos los pueblos conocidos; los libros que contienen su historia, su religion y sus leyes, son los mas antiguos de todos los libros que nos quedan; los hechos que él nos refiere, como que son la historia de sus padres, son al mismo tiempo los primeros acontecimientos de la grande historia del universo. Este pueblo, gobernado en otro tiempo por la divinidad misma, se miraba como el pueblo de Dios, y si solo es el bosquejo del pueblo cristiano, ¿qué primeros rasgos, hijo mio, para el cuadro de la religion!

El judío, difundido entre todas las naciones, y tomado en el sentido que acabamos de exponer, se dice el mas antiguo de todos los pueblos que existen ahora sobre la tierra. Discute sin parciali-

[a] La religion cristiana tiene una ventaja de que ninguna otra se puede gloriarse, y es haber sido anunciada un gran número de siglos antes que se la viese nacer de una religion que todavía conserva sus testimonios, aunque se haya vuelto su mas cruel enemiga. (*Mau-pertuis*).

dad, querido Valmont, un aserto tan atrevido; recurre á los conocimientos de los críticos mas juiciosos, de los sábios mas ilustrados, y de concierto con ellos, pesa las pretensiones de los demás pueblos.

En regiones nuevamente descubiertas, en pueblos medio cultos y medio salvajes, no se nos ensalzará sin duda su antigüedad, ni nada probarian en su favor: digámoslo mejor; su poblacion tan poco numerosa con relacion á esos bastos territorios que ocupan, sus conocimientos tan escasos todavía y tan limitados, sus costumbres, su política y sus leyes tan imperfectas respecto al tiempo que han tenido de perfeccionarlas, prueban bastante su novedad [2].

En el Asia, aparece un pueblo mas sabio, mas pulido, es verdad; que se gloria, con bastante razon de la antigüedad mas remota. Los anales de la China atribuyen la invencion de las artes y de las ciencias á los chinos, cerca de 3.000 años antes de Jesucristo [3]. Las observaciones astronómicas vienen al apoyo de estos cálculos y parece que garantizan su exactitud. Sin embargo, estos mismos anales nos enseñan, que léjos de subir hasta el origen de los hechos por una tradicion constante sobre líneas firmes y seguras, solo descansan en rumores confusos, descansan sobre nada. Las computaciones de eclipses, aun cuando fueran muy exactas, y era menester que lo fuesen, no prueban demasiado en favor de los analistas chinos, puesto que se ha demostrado, que es posible calcular los eclipses pasados hasta la creacion del mundo, como se calcularían para los siglos venideros, los que se deben verificar. Lo mismo se puede decir de su sielo solar y de todas sus computaciones cronológicas. Ellas son ademas tan confusas, tan complicadas, y tejidas con tantos hechos evidentemente falsos y ridículos, que fácil es conocer, sobre todo en siglos un poco remotos, el poco aprecio que se debe hacer de su autenticidad.

En las Indias por fin [4], y en toda la tierra solo veo pueblos ingertados en otros pueblos; veo

las naciones mas celebradas en otro tiempo mezcladas y confundidas; veo religiones antiguas desfiguradas y llenas de nuevas supersticiones. No es así entre los judios: siempre el mismo pueblo, y se puede decir la misma familia; siempre hay entre ellos la misma lengua, los mismos usos, la misma religion, siempre hay en el fondo las mismas ideas y las mismas esperanzas: y suben de edad en edad, de generacion en generacion hasta sus patriarcas; y por ellos, mediante un corto número de hombres distinguidos por la pureza de su culto, mediante un corto número de pormenores y de acontecimientos que se corresponden con exactitud, suben hasta los primeros padres del género humano. Dejan tambien muy atras de si á los Asirios, á los Caldeos, y su verdadera fundacion bajo Nemrod [a], á los Egypcios y sus dinastías confusas [5], á los Griegos y su obscura mitología. La época de su antigüedad, tomada en toda su extension, no es la de 4 á 5000 años, es la de la creacion.

Los fundamentos de su historia se hallan en libros que ellos nos presentan igualmente como los libros mas antiguos del mundo, y están sostenidos por una tradicion constante y por los mas antiguos monumentos. No hay anales, no hay libros en el universo, á los que se pueda dar con igual certeza la misma antigüedad. Hablase á veces de ciertos antiguos manuscritos; pero están muy lejos de ser tan auténticos, tan públicos, y de que nos lleven de siglo en siglo como la historia del pue-

[a] Hacia este tiempo por lo ménos, segun observa Bossuet, y no mas antes, comienzan las observaciones que dieron en Babilonia á Callisthenes para Aristóteles, 334 años antes de la era cristiana; es menester convenir todavia en que estas observaciones no tienen un fundamento muy seguro. (Veanse sobre esta materia las sabias observaciones de Goquet, del origen de las leyes, de las artes y de las ciencias, lib. 3.º, cap. 2.º art. 2.º)

blo judío, hasta quienes los escribieron [a]. Yo examino estos libros que el cristiano reverencia, que un pueblo su mayor enemigo me presenta, y que parece haber conservado solo para aquel. Veo contenidos allí los derechos, los títulos, los intereses de toda la nacion judía y de todo el mundo cristiano. Estos no son volúmenes misteriosos que algunos pontífices conservan en el secreto: siempre han estado expuestos á las miradas del mundo entero. Los veo sujetos á la atencion y á la crítica de todos los espíritus, de todos los pueblos, de todas las edades; y en el pequeño número de hombres que han dudado de su autenticidad, que se han aventurado á combatirla, solo miro una crítica débil é insuficiente, dificultades pequeñas que no se hubieran atrevido á poner contra libros que no fuesen estos, citas de aparentes contradicciones que fácilmente se concilian teniendo conocimientos y equidad, una ignorancia real ó afectada de los antiguos usos y costumbres, mucho rencor en fin y esfuerzos impotentes.

[a] „A no mirar la Escritura Santa, dice Fréret, sino como un monumento de la antigua historia, su antigüedad y el cuidado que se ha tenido en conservarla, le dan una autenticidad que no pueden tener los otros monumentos.”

„Los libros de Moises, dijo en otra parte, haciendo abstraccion del respeto que la religion nos inspira hácia ellos, son lo mas auténtico y antiguo que conocemos.” Por último, por todas partes habla Fréret de Moises como del *mas antiguo y mas respetable de todos los escritores*; por todas partes muestra el concierto de la historia de los antiguos pueblos en lo que tiene de mas fundado, con la cronología de la Escritura, tomada en la Biblia de los Setenta y de los Samaritanos. (Vea-se en las *Memorias de la Academia de inscripciones*, la continuacion del *Tratado sobre la certidumbre de la antigüedad de la cronología China*, hácia el fin; el *Ensayo sobre la historia y la cronología de los Asirios de Ninive*; y las *Investigaciones sobre las tradiciones religiosas y filosóficas de los Indios*).

Estos libros existian por cierto antes de Jesucristo. El cristiano los ha recibido de mano de los mismos judios; á estos libros se apelaba contra ellos desde los primeros tiempos; y el judío que los conserva en depósito, no los recibió de mano del cristiano. Estos libros ó al menos los libros de Moises, existian desde el tiempo de Ptolomeo Philadelpho, 300 años antes del establecimiento del cristianismo, puesto que bajo este príncipe y por su orden, se hizo aquella traduccion del hebreo al griego, que se llama la Version de los Setenta; version auténtica, obra de los mas sábios judios, y que no solo supone la existencia previa del original, sino la confesion de toda la nacion.

Existian estos libros, mas de quinientos años antes de Jesucristo, puesto que entónces los Samaritanos habian conservado el *Pentateuco* con la misma veneracion que tenian á su autor [a]; estos

[a] Vea-se las *Nuevas ilustraciones sobre el origen y sobre el Pentateuco de los Samaritanos*, por un religioso Benedictino de la congregacion de San Mauro, en un volumen en octavo:

De esta última época está uno precisado á remontarse hasta tres siglos mas allá, quiero decir, hasta la separacion de las diez tribus, cerca de 439 años antes del restablecimiento del templo, y cerca de mil años antes de Jesucristo. En efecto, el cisma que separó desde entónces en tiempo de Roboan, hijo de Salomón las dos porciones de Israel, á ninguna de las dos permitía recibir de la otra la invencion ó suposicion del Pentateuco: ¿qué digo? no permitía ni aun que lo alterasen, y Esdras, que fué mui posterior á la separacion de los judios, y aun considerado solo como escritor, en la primera época del restablecimiento del Templo, que ademas de esto era el mas declarado enemigo de los Samaritanos, nunca pudo ser sospechoso con fundamento de haber compuesto, ni de haber adulterado los libros de Moises, igualmente recibidos, igualmente conocidos y reverenciados por ambas naciones.

De la data precisa del cisma de Israel, no faltan mas que cerca de quinientos años para subir hasta

dos pueblos siempre opuestos, siempre enemigos, no se ponen de acuerdo sobre el origen y antigüedad de este libro. Aun hoy mismo, una secta de Samaritanos, siempre conocidos bajo el mismo nombre, los conserva religiosamente con los antiguos caracteres hebreos, y parece que una secta tan débil solo existe tanto tiempo ha, para dar testimonio de la antigüedad y de la integridad de los libros de Moyses.

Del año de 536 antes de la era cristiana, en que Zorobabel comenzó la reedificación del templo, por cuyo motivo estalló demasiado la enemistad de los Judios y de los Samaritanos, se puede subir evidentemente para la autenticidad del Pentateuco, como 150 años mas arriba, es decir, poco ménos de 700 años antes de Jesucristo; porque entónces fué cuando los Cutheos, pueblo del Asia, fueron enviados para habitar en Samaria, y habiendo obtenido de Asaraddon un sacerdote isrealita, recibieron de él los libros de Moyses, que las diez tribus rebeldes habian conservado en su cisma, é hicieron del culto del Dios de Israel una mezcla extravagante y sacrílega con el culto de los ídolos.

Se prueba esta autenticidad, por la naturaleza de Moyses. Pero en este interválo, cronologistas sábios cuentan solo 400. Sea lo que fuere, hay en esto ya una observacion importante que hacer, y que desmiente la suposicion de los libros de Moyses antes de esta época: „Una de dos, ó la fabricacion del Pentateuco era antigua cuando aconteció el cisma de las diez tribus, ó era nueva. En el primer caso es verosímil que los Hebreos, cercanos como estaban al tiempo de Moyses, hubieran reconocido por su obra libros supuestos donde se hallaban consignados su historia llena de actos ignominiosos, su genealogía, su culto, su legislacion? En el segundo, determinado á cambiar la política y la religion de su nuevo reino de Israel, ¿Jeroboám hubiera dejado de abrir los ojos á las diez tribus sobre la fabricacion reciente de una produccion que ponía el mayor obstáculo á sus designios? (Vease *Nuevas ilustraciones sobre el origen y el Pentateuco de los Samaritanos*. Prólogo del Editor.)

estos libros que interesan á todo un pueblo en los objetos mas esenciales; que le imponen un yugo insoportable de parte de cualquiera otro legislador que no fuese Moyses; que pintan á los Judios con un carácter de ceguedad, de ingratitud y rebeldía muy deshonoroso á toda la nacion.

Se prueba en segundo lugar por el concierto de las doce tribus en adoptarlos, concierto que no se desmiente jamas, á pesar de sus querellas particulares, de sus miras frecuentemente contrarias, de sus pasiones y de las de sus gefes; á pesar de sus intereses diferentes, de sus prerogativas, de sus posesiones, de sus derechos respectivos, fundados en el Pentateuco. ¿Qué combinacion se hace á favor de los libros de Moyses! ¿Y qué líneas tradicionales nos ofrecen para demostrar su autenticidad!

Se prueba en tercer lugar por el orden fijo é inmutable que se halla establecido, antes de las épocas que hemos citado, para el sacerdocio en una sola familia, para las funciones levíticas en una sola tribu; por la existencia de las leyes, de las ceremonias, de las fiestas, de los monumentos cuya data solo podría tomarse de la del mismo legislador, que subian efectivamente hasta él, que suponian la existencia y la autenticidad de sus libros, y la de los hechos que él nos refiere.

Así, el arca, el maná, la bara de Aaron, la serpiente de cobre, las tablas de la alianza, el rito del cordero pascual y de los ázimos, la ley de las primicias y el rescate de los primogénitos, la consagracion de los sacerdotes, las ceremonias de los sacrificios, la fiesta de Pentecostes, y la de los Tabernáculos, las genealogías de las familias, la habitación de las tribus de Rubén y Gad, y la media tribu de Manasses mas allá del Jordán; la division de las tierras de Canaán, los asilos y los otros establecimientos que tomaban su origen de los primeros tiempos de la República; todo servia para acordar los acontecimientos notables consignados en el Pentateuco, para confirmar la historia

de ellos y para concitarles la mayor autoridad. Aquí los hechos, los monumentos y los libros, con tanta exactitud y precision se enlazan, tan bien se cordinan, que no es posible dejar de reconocer que la ley escrita y los usos establecidos, necesariamente tienen la misma fuente y la misma antigüedad.

Tambien se prueba esta antigüedad de los anales del pueblo judio, por el concierto maravilloso de los demas libros de la Escritura. La historia de los Reyes, está ligada con la de los Jueces; la de los Jueces con la de Josué; y la de éste con la de todos los hechos contenidos en el Pentateuco, así como con Moyses á quien toda la Biblia me recuerda. Los escritos de los profetas, á los de Salomon; los salmos de David á los libros que acabamos de citar: es menester, subiendo de siglo en siglo, mirarlo todo como supuesto; es menester ir uno mismo de suposicion en suposicion, de absurdo en absurdo, antes que creerse uno autorizado para dudar siquiera de la autenticidad de los libros de Moyses.

Se prueba finalmente por todos los caracteres de antigüedad que tienen en sí mismos. Allí se ven lo mas llana y fielmente descritas las costumbres de los primeros tiempos; allí no se advierte en este género, por cuanto á las primeras edades, nada que se resienta de los siglos mas recientes: allí no sé percibe ninguna ley, ninguna costumbre que sea introducida despues de Moyses: todas las costumbres y todas las leyes estan perfectamente conformes al plan general del legislador, á la circunstancia en que se hallaba, á los designios que se proponia; el estilo, el contexto de la obra, todo es en ella de la mas remota antigüedad.

Las mismas combinaciones, las mismas pruebas, mas que suficientes para fundar una evidencia moral equivalente á cualquiera otra especie de evidencia, por la imposibilidad absoluta de la reunion y del concursó de todas estas cosas en favor de la mentira; estas pruebas, digo, y estas combinaciones

vuelven á encontrarse respecto á la integridad del Pentateuco, como respecto á su autoridad.

El respeto de los judios á estos libros bastaba por sí solo para impedir, ó al ménos para inutilizar la temeridad de quienes hubiesen pretendido destruirlos, ó que aunque fuera en los puntos ménos importantes hubiesen intentado solo alterarlos. Estos libros estaban en manos de todos; se daba un ejemplar á los príncipes y á los pontífices inmediatamente despues de su inauguracion; cada siete años en la fiesta de los Tabernáculos se hacian lecturas públicas de ellos; eran para todos los judios el fundamento de su creencia, la regla de sus costumbres, el único objeto de su estudio; en cierto modo eran para ellos los únicos libros; los llevaban por todas partes, y de esta manera hacian imposible su pérdida ó alteracion.

¿Qué se opone, hijo mio, á pruebas tan convincentes? Nada seguido, nada sólido; se incide en dificultades pequeñas, que por su misma flaqueza, solo sirven de dar nuevo brillo á la verdad.

Algunos pasages añadidos al texto, como la muerte y sepultura de Moyses, referidas en el último capítulo del Deuteronomio, y que por otra parte hubieran podido ser previstos, escritos y referidos por él mismo; algunos cambios hechos por copistas en nombres de ciudades y en cosas poco substanciales [6]; algunas variantes, que por la poca importancia de los objetos y palabras en que recaen, confirman demasiado el concierto admirable de los diferentes textos sobre el fondo mismo de la narracion [7]; algunos pasajes oscuros y difíciles á causa del poco conocimiento de las artes y de los usos propios de aquellos primeros tiempos; cálculos opuestos á hechos, y que por poco exactos y verdaderos, son desmentidos por los hombres mas ilustrados; Moyses dandose así algunos elogios necesarios, seguidos en otros pasages de la humilde confesion de sus faltas; este escritor hablando siempre de sí en términos indirectos, como hablaron de sí mismos Cesar en sus *Comentarios*, Jenofonte en

su *Retirada de los diez mil*, Josefo en sus libros de la *Guerra de los Judíos*, Procopio en su *Historia*; la pretendida pérdida de los libros de Moyses antes del sacerdote Helcias, quien se dice los resucitó; el supuesto olvido de estos libros en tiempo de la cautividad, de estos libros cuyo original sagrado volvió á encontrar Helcias, pero cuyas copias estaban en manos de todo el pueblo, de estos libros citados y recordados incesantemente por los Profetas á los judíos cautivos, á los judíos que cifraban en ellos el único consuelo en su destierro; y que tan escrupulosamente observaban su ley; otros mil rasgos de una crítica tan poco justa, como mal fundada, ved aquí lo que hace triunfar el incrédulo vano triunfo, de que solo él se aplaude, y del que diariamente y con mas justo título se ríen en los bancos de las escuelas.

Mas ¿por qué, hijo mio, objeciones tan fútiles se convierten á sus ojos en argumentos incontestables? ¡Ah! ¿por qué? porque su interés mas urgente se cifra en debilitar nuestras pruebas acerca de la autoridad de los primeros libros sagrados; es porque sin dificultad se percibe que su antigüedad, su autenticidad, ya dan á la religion un fundamento inalterable. Pues en efecto, si Moyses escribió estos libros, ya no se puede dudar de la verdad de los hechos que contienen. Porque atiende, querido Valmont, á que en tal caso es un escritor contemporaneo que habla á su nacion, que le habla de hechos pasados y que todavía pasan á su vista; es un escritor que no puede engañarla ni engañarse á sí mismo, sobre la naturaleza y la verdad de estos hechos, puesto que son para ella como para él, hechos públicos, sensibles y permanentes. Así, v. g., la salida de Egipto en medio de tantos prodigios de que solo Egipto es la víctima, de que todo el arte de sus mágicos no puede defenderlo, y á los cuales toda la potestad de los demonios se vé forzada á rendir homenaje: el paso del mar Rojo, sin costear sus riveras, ni sobre el fango de sus olas apartadas, sino por el medio de su lecho y al

travéz de sus aguas divididas; el monte Sinaí lleno de fuego; la voz retumbante del Altísimo; llamas, relampagos, y rayos que muy malamente se explicarían por fuegos artificiales, por pólvora de cañon desconocida entónces y que sería un absurdo suponer; la tierra entreabierta á los pies de Datan, de Coré y de Abirón; la roca herida por la vara de Moyses, y ofreciendo repentinamente una fuente de agua viva á un pueblo siempre pronto á prorumpir en murmuraciones, siempre dispuesto á revelarse; mas que todo esto aun, los prodigios del desierto, tanto ménos susceptibles de ilusion cuanto que se hacian para todos los judíos, se renovaban diariamente, duraron cuarenta años, tales como el maná, que le sirvió mucho tiempo de alimento, sus vestidos conservados por tantos años; aquella columna de nube que aparecia en el dia delante de ellos para dirigir su marcha, y aquella columna de fuego que le servia de guia en la obscuridad de la noche: tales son indudablemente los hechos que no pueden referirse á una nacion como pasados á su vista y con las circunstancias mas notables, si ella no los ha visto; que no se le puede hacer creer que los vió si no son verdaderos; y que no pueden ser verdaderos sin acreditar la mision de quien los obró en nombre del Dios Omnipotente, del Dios de verdad.

Mas no son estos hechos los únicos que refieren los libros de Moyses. Estos libros de un pueblo tan antiguo, y que son tambien ellos de la mas remota antigüedad, nos exponen los primeros hechos, los primeros acontecimientos de la grande historia del universo.

Ellos me recuerdan un Dios que todo lo ha hecho; me dan las ideas mas nobles y mas dignas de él, de su poder, de su santidad, de su sabiduria. El Dios de los Hebreos nada tiene de comun con las divinidades que el resto del mundo adoraba. Es el ser existente por sí mismo; es un Dios único en ecencia, infinito, perfecto en todos sus atributos, él existía, y todavía no existía nada;

á su voz el mundo sale de la nada; dice que la luz sea hecha, y la luz se hizo; llama á los astros y comienzan su carrera; adorna los cielos, embellece la tierra, la fecundiza, la puebla de animales diversos, y forma un señor del universo, un ministro de su gloria, un intérprete de la naturaleza, criando el hombre á su imágen. Si emplea muchos dias en acabar la grande obra de la creacion, es para enseñarnos que lo hace todo, no por una impetuosidad ciega y necesaria, sino libremente, sin violencia, como quiere, al momento que quiere.

El universo es criado, el mundo toma su forma, y al salir de las manos del Criador, todo está perfecto. El hombre recibe el homenaje de todos los seres para trasmitirle á su Dios: un precepto ligero se le impone para hacerle sentir, que si todos los seres le están sometidos, el tambien está sujeto como ellos al imperio del Ser Supremo, y como criatura suya le debe el tributo de su sumision y de su dependencia. Viola este precepto: todo cambia de aspecto; la naturaleza ya no ofrece los mismos atractivos; por donde quiera encuentra la funestas consecuencias de su pecado; las halla en sí mismo, su entendimiento se llena de tinieblas su corazon propende á la tierra, sus sentidos se rebelan; la posteridad de un padre culpable pierde sus privilegios y sus derechos.... ¡Tristes y admirables verdades! pero que yo hallo gravadas en la faz de toda la naturaleza, que hallo impresas en todo mi ser, en esa mezcla de grandeza y de bajeza, de luces y de tinieblas, de fuerza y de flaqueza, que tantas veces nos hace buscar al hombre en el hombre mismo, y que lo presenta al universo como á un rey, pero rey degradado. ¡Ah! por lo ménos con estas luces preciosas y necesarias al hombre, ya yo no soy un misterio para mí: la naturaleza ya no es un enigma cuya obscuridad me haga perder de vista al Dios que me crió: ahora conozco la fuente de las contradicciones que me desolan, tengo la clave de todo el sistema de la humanidad, tengo la del estado actual de los seres

que me rodean, y todo el universo se explica á mis ojos.

Empero Dios dirige mis miradas hácia un objeto mas consolador. Adán ha pecado, y ya le hace entrever un libertador, en una semilla bendita que nacerá de la muger: el hombre pecador será reconciliado con Dios por este libertador; por su medio el hombre honrará la Divinidad como debe ser honrada, y le ofrecerá un culto digno de agradarle.

Sin embargo, la posteridad de Adán se multiplica, y el pecado se extiende y se multiplica con ella. Una familia mas santa es retirada del contagio universal. Los crímenes de los hijos de los hombres esparcidos por toda la tierra, claman venganza del Señor; su justicia estalla por un diluvio universal. Su bondad conserva al justo y su familia: Sem, Cam, Japhet, cuyos nombres se han conservado entre los antiguos pueblos, vienen á ser los gefes de las naciones.

Despues del diluvio, la constitucion del universo se halla debilitada; la vida humana decrece insensiblemente, la confusion de las lenguas se introduce entre los hombres; formanse los primeros pueblos, y las primeras conquistas anuncian al género humano nuevos crímenes y nuevas desgracias.

Ved aquí los principios del mundo, tales como Moyses nos los presenta: principios felices, dice Bossuet, llenos despues de males infinitos respecto de Dios que todo lo hace, siempre admirable; tales en fin, que al repasarlos en nuestro espíritu, aprendemos á considerar el universo y el género humano siempre bajo la mano del Criador, sacado de la nada por solo su palabra, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, castigado por su justicia, redimido por su misericordia y siempre sujeto á su poder.

Moyses, aun considerado solamente como historiador, tenia sobre estos primeros tiempos memorias bastante seguras para garantizarnos la fidelidad de su relacion. La vida larga de los Patriarcas, simplificando las generaciones, acercaba á este es-